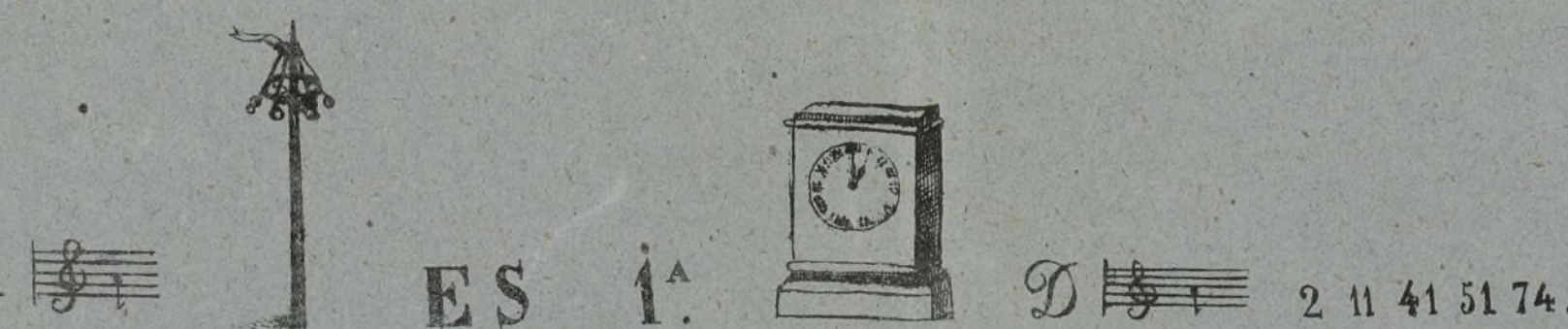


LA ELEGANCIA.

ENTRADA 21.



3.



2.



Ayuntamiento de Madrid



Ayuntamiento de Madrid



BIBLIOTECA
MUNICIPAL

UN BAILE DE MASCARAS.

1

VALS COREADO.

compuesto y dedicado

A D. ATANASIO SALAZAR.

POR M. SORIANO FUERTES.

Pr. 4 rs.

PIANO.

Two systems of piano accompaniment in 3/8 time. The first system is marked 'p' and 'ff'. The second system continues the accompaniment.

CORO.

Ve-nid las ni-ñas de ros-tro an-ge-li-co de grato es-tre-pi-to

bailad al son de-jad las bro-mas y en vue-lo-ra-pi-do tra-zad mil

La Elegancia Febrero. 1847.

cir - cu - los en el Sa - lon ni - ñas de ros - tro an - ge - li - co con gra - to es -
 tre - pi - to bailad al son de - jad las bro - mas y en vue - lo ra - pi - do
 trazad mil cir - cu - los en el Sa - lon.
 Fin.
 stacc:
 p stacc:
 O - ye - se el

choque de las bo - te - llas brindan de ellas a la sa - lud

de amor y vi - no e - bria pro - me - sa en ca - da me - sa del am - bi - gu.
a la ~~X~~ hasta el Fin.

VALS DEL GENERO ALEMAN.
POR C.G. REISSIGER.

PIANO. *f*

f

8^a *p*

MEMOROTODA

MEMOROTODA
MUNICIPAL
MADRID

PIEDRAS PRECIOSAS.

EL RUBÍ.

El rubí ocupa el segundo lugar entre las piedras preciosas. Es diáfano, hermoso por su brillo y colorido; su color es de sangre, de escarlata, de laca índica ó carmesí. El perfecto es raro y tiene el mismo pulimento que el diamante.

Si despidiese una luz roja que participe de amarillo, entonces se colocará en la clase de *granate* ó *jacinto*. Aunque esta piedra no es tan dura como el diamante, siendo grande tiene mas estimacion y valor que los diamantes tablas de la misma medida y peso. Si se hallase un rubí perfecto de veinte quilates, igualaria su valor al de un diamante fondo de igual peso.

Cuéntanse cuatro especies de esta rica piedra: el verdadero rubí, el *rubicelo*, el *balax* y el *espinela*. Entre estos los hay de tal blancura y limpieza que apenas se percibe el rojo, y se les da el nombre de rubíes blancos. Hay algunos con los colores mezclados, siendo rojos por un lado y blancos por el otro, ó por un lado color *záfiro* y por otro rubí.

En los rubíes la perfeccion consiste en tener un color muy encendido, ser limpios, diáfanos, centellantes y lustrosos.

El llamado *espinela* es mas encendido que el *balax*, y hemos de tener cuidado para no equivocarle con el verdadero rubí. Plinio lo distingue en dos suertes, machos y hembras; llama machos á los mas resplandecientes, y son los que propiamente llamamos rubíes, y hembras á los que brillan menos y son mas blancos, y que corresponden á las calidades del rubí *espinela*. Hállase este rubí en los mismos parajes que el verdadero, y es muy fácil el falsificarlo. Varios son los géneros que se conocen de rubíes *espinelas*, algunos tan puros y perfectos que se confunden con los verdaderos, otros tan parecidos al color del *jacinto*, que los lapidarios no han podido determinar si son de la clase de los *espinelas*.

El *rubicelo* se disputa entre los *espinelas* y los *jacintos*, de tal manera que nos es dudoso determinar á cuál de las dos clases pertenece; su color parece mezclado, siendo algunas veces tan semejante á los *granates* bohemianos, que para distinguirlos, es necesario probarlos al fuego. Los *granates* bohemianos resisten al fuego con pérdida de color; no sucede lo mismo al *rubicelo*, que le pierde enteramente ó le mu-

da manifestando que no es *granate*. Generalmente de la lumbre salen amarillos. Su precio es inferior á los *espinelas*, y si están exentos de alguna falta, podemos estimarlos en la mitad del precio que los *balanges*.

Quedan explicadas las cuatro clases principales en que se dividen los rubíes; el verdadero le llamaron los antiguos, por la semejanza de su color al de una brasa encendida, *carbunclo* ó *piropo*. El mas excelente es el indiano, y el *garamanto* nombrado tambien *chalcedonio*. En Etiopía nacen los conocidos con el nombre de *alabandices*, en la piedra *ortosia*. Existen unos llamados *amestris tizonatas*, que despiden por los extremos una luz violada como la de la *amatista*. Los *sirtitas* lucen despidiendo en punta su esplendor, y los reconocemos á los reflejos del sol. Los rubíes indianos blancos y de poco brio, son dichos *liticontas*; su tamaño es menor que los *calcedonios*. Calistatro dice que existe en Tespercia un género de piedras ardientes llamadas *antrasitis*, que se encuentran cavando la tierra, y es muy semejante al color de brasa.

La *sandastro*, conocida de algunos con el nombre de *garomantile*, es muy parecida á la antecedente: nace en la India. En la Arabia meridional se encuentra el *granate*, siendo de su especie la *lichtes*, llamada así por la hermosura y brio de sus luces. Hay una especie de piedra del color del rubí, que llamamos *jonís*; y de estas unas resplandecen como la púrpura y otras como la grana: calentadas al sol atraen á sí las pajas, y son las que se conocen con el nombre de *amatista* oriental; tambien se crían en la Arabia Petrea, en la Armenia Menor y en el Egipto.

Del Brasil se traen rubíes grandes, de un color hermoso, claros, limpios y vivos; pero en rigor no son rubíes y sí *topacios* del Brasil, que puestos algun tiempo al fuego mudan el color amarillo en rojo. Muy poco hace que se descubrió este singular efecto por una casualidad no pensada, como regularmente sucede con todo lo que produce la naturaleza. Estos rubíes tienen algun mas valor que cuando eran *topacios*, porque siendo desconocido el grado de fuego que se les ha de dar para la conversion del color, son muchos los *topacios* que se desgracian en la operacion.

Aunque en compendio hemos dado razon de todas las suertes de rubíes, la dignidad y valor del rubí verdadero llamado *carbunclo*, cuando pasa de diez quilates, es de la misma estimacion que la del diamante. —M.M.

GERARDO Y EMILIA.

NOVELA.

LAS VENTAS DEL CASTILLO.

III.

Figúrese ahora el lector cuál sería la angustia de Gerardo, que con la atención mas esquisita habia escuchado aquel diálogo que tanto le interesaba.

La verdad que desde luego notó en la relación de aquel hombre, para él desconocido; el cambio de propósito que veía en el conde, y sobre todo la persona que *todo lo sabia*, pero cuyo nombre se callaba, habian afectado tanto su corazón, que hubo de saltársele una lágrima de despecho, mientras su cabeza hervía al horroroso fuego de cien ideas encontradas, todas violentas y horribles.

¿Quién podía hacer traición á un secreto que solo poseían Emilia y él? ¿Acaso la misma muger á quien adoraba con delirio? Imposible; habia conocido su alma generosa, le habia dado pruebas inequívocas de una pasión loca, era en fin su alma muy grande para poder abrigar sentimientos tan pequeños. ¡Ah, no, exclamaba Gerardo!... Volverán á encarcelarme, me abrumarán con sufrimientos; pero Emilia será mía, porque no podemos dejar de amarnos.

Esta lucha de ideas y consideraciones hizo poner á nuestro héroe en pié, antes que el alba saludase al nuevo día: pronto tuvo á su lado al aprehensor, que miró al soslayo, sin poderse dominar.

—Adónde vá V., señorito, le dijo: á Sevilla ó á Aracena?

—A Aracena, repuso Gerardo secamente.

—Mejor es que se venga V. á Sevilla, señorito, que iremos juntos.

—No estoy para chancearme.

—Pues oiga V., señorito, y no se enfade; y al decirle estas palabras le condujo á la puerta de la posada; sacó un papel y una cuerda, y continuó: esta es la orden de llevar á V. á Sevilla: dos caballos y dos escopetas traigo; si V. se viene por bien, iremos cazando y alegres, y tardaremos en el camino lo que V. quiera; si no.... con esta cuerda llegaremos á la noche fijamente.

Un punto vaciló Gerardo, en cuya frente dibujó el dolor un surco que la atravesaba; vió que le era

imposible salvarse, y repuso con entereza: doy mi palabra de ir resignado; pero... á los Toribios... jamás! Si tratan de encerrarme cien veces, otras tantas lograré la fuga; si me miran como un caballero, prometo no escaparme; mi corazón, sin embargo, no cambiará por nada.

—Vamos, señorito: así me gusta; V. se alegrará de obrar de esa manera.

Un momento despues se veía desandar su camino á Gerardo guiando con gracia su caballo, acompañado de dos hombres; uno á pié y el otro tambien á caballo, que trataban de divertirle. A lo lejos Leandro los seguía cauteloso.

DIAS TRANQUILOS.

IV.

Caminaba pensativo Gerardo entre los custodios que le sorprendieron en *Las Ventas*, uno á caballo y el otro á pié, sin que pudieran distraerle los pintorescos paisajes que en su huida tan profundamente habian conmovido su alma y exaltado su imaginación juvenil.

Leandro á lo lejos, seguía pertinaz, como si su destino fuera contemplar sin interrupción á su compañero; y á tanto llegó su tenacidad en esto, que ni los consejos, ni las amenazas, ni aun el haberle asestado su escopeta Miguel para atemorizar al muchacho bastaron á que detuviera un solo paso; antes bien resuelto y aun altanero le provocó diciendo, que disparase si tenia ánimo, que ya despues vería lo que sigue á un asesinato.

Esta respuesta de Leandro exasperó tanto al brusco Miguel, que sin dudarle habria hecho fuego sobre el incauto é imprudente jóven, si un grupo que se acercaba no hubiera llamado la atención de todos.

En efecto, llegaban á mas andar dos señoras acompañadas de un arriero, que aun antes de divisar claramente sus fisonomías, ya decia el corazón á Gerardo que eran Emilia y su hermana. La sensación que al jóven dominó en aquel instante es imposible definirla; no así la de Miguel, hombre avezado á compadecer con frialdad los extravíos de la incauta juventud.

Ya casi se cruzaban las viajeras entre nuestros caminantes cuando Miguel preguntó á Gerardo si las conocía. Esta pregunta encendió el rostro del jóven y el enojo ahogó un suspiro profundísimo arrancado

del fondo de su pecho: la mirada apasionada y furtiva que dirigió á Emilia revelaba el exceso de su loco cariño.

En los encuentros en caminos tan solitarios como el sendero de Sevilla á Aracena, es casi una obligación el saludo de caminante á caminante; mas con asombro de Gerardo y de Miguel, ni Emilia ni su compañera se dignaron siquiera levantar sus ojos: tal vez, decia Gerardo entre sí, no puede dirigirlos con la tranquilidad que yo lo hago: es verdad que era convenida su fuga para reunirnos en el último pueblo de España; pero ese silencio, esa reserva, que casi aparecía disimulo, es muy elocuente para quien espera entusiasmo y transporte.

Entonces empezó á conocer lo que vale un padre cuando se opone á las locas é imprudentes pasiones de un hijo jóven y sin mundo! por la vez primera, este desengaño llevó su imaginación á todo lo pasado, y en *ay* profundo y lleno de ternura desahogó su pecho del peso del arrepentimiento que soltó su primor destello despues de dos años de frenesí por aquella muger que creia conocer tan á fondo.

Desaparecieron poco á poco aquellas señoras del cuadro que alcanzaba la vista de Gerardo, y en su corazón el noble sentimiento, cuya semilla sin embargo habia mostrado un tallo imperceptible pero capaz de robustecerse y crecer de un modo prodigioso.

Me ha desconocido, ó ha afectado hacerlo, decia el infeliz Gerardo! es imposible que nazca de falta de amor: acaso de este modo prepara un medio de reunirnos mas pronto; y buscando con esta idea un consuelo á su dolor, llegó á Sevilla al declinar el sol, mucho, mas tranquilo que lo que de costumbre solia estar.

Sucedio, pues, en su pecho á todo el ardor de una pasión y á los transportes y arrebatos del amor primero, una melancolía dulcísima, una ternura inesplicable que parecia llevar á su colmo la sensibilidad de su alma, modelo de cariño.

Su nobleza al prometer no renovar los disgustos de su amante padre, siempre que al rigor se sustituyese la dignidad, tranquilizaron á Romero, el encargado de Gerardo, y así le ofreció solemnemente, quedaria en su compañía, libre en sus acciones y dueño de sí mismo: es decir, preso bajo su sola palabra, detenido y sujeto pero con dignidad.

La casa de Romero, de un exterior irregular, casi monstruoso, ofrecia en su interior por el contrario la mayor belleza, y toda la regularidad y hermosura que

puede proporcionarse un hombre de mediana fortuna en el recinto de su mismo domicilio.

Las piezas principales de la casa, daban á un hermoso jardín, dividido en dos por la desigualdad de sus pisos. El mas alto, que era el inmediato á la casa, solo tenia en su centro una fuente de jaspes, rodeada de cipreses y bojés, formando arcos y festones caprichosos: detras seguia un cobertizo vestido de rosales y jazmines, con alguna flor estraña, interpolados infinidad de nardos y azucenas. La fragancia de este recinto era deliciosa, la vista triste y aun casi fúnebre.

El segundo jardín, por el contrario, ceñido en dos de sus paredes de naranjos, cuya flor exhalaba el suavísimo aroma del azahar, y en las dos restantes con galerías de emparrados, casi obstruidas por sus costados con clavellinas, rosales, tulipanes, malva-real y vistosas florecillas; todo el centro poblado de limoneros; perales, damascos, y otros frutales; un cenador con su fuente en el medio y otras dos fuentecillas formadas de conchas, continuamente salpicadas por surtidores; era en extremo alegre y variado. Sin saber por qué, el ánima sufría un cambio al pasar de uno al otro jardín: un solo paso la predisponia á la alegría al bullicio ó á la meditacion y melancolía.

Gerardo al principio tomó un cariño indecible al primero de los jardines, donde sola la memoria de Emilia ocupaba su imaginación. ¡Cuántas veces se decia á sí mismo, ¡infeliz! acaso estará sufriendo todo el peso de la ausencia, todo el dolor de una separación, perseguida por mí, cuando su corazón y su belleza la aseguran el mas risueño porvenir!... No: jamás! si los deberes y el agradecimiento me impiden hoy reunirme á mi Emilia, medios de paz hallaré para lograrlo, y en último extremo el tiempo.... lo alcanzará!... Nuestro amor es eterno, y su fidelidad lo merece: nada se resiste á una fuerza constante.

Estos razonamientos, sin embargo, que principiaron con toda la energía de la pasión y la juventud de Gerardo, fueron cediendo al transcurso de los dias, y no parecia sino que una voz misteriosa le repetia ¡el tiempo lo logrará!... Nada se resiste á la constancia! Las horas sucediéndose lentamente, todo lo acaban todo lo vencen!... insensato! ¿serás acaso el único privilegiado para amar mañana, con el ardimiento con que amaste ayer?

Nada mas imposible. La calma sucedió á la tormenta, y al cabo de cinco meses el corazón de Gerardo latia amante, pero tranquilo. Acaso el pundonor sola-

mente sostenia sus propósitos, por mas que la memoria de Emilia fuese su bello ideal, la que sostenia su felicidad interior.

La curiosidad unas veces; el cansancio de unas mismas impresiones, otras, le llevaron al segundo jardín, donde día tras día, pasaron de su vida otros tres meses, siempre amante, siempre esperando, pero sin sufrimientos ni transportes violentos.

(Continuara.)

Recuerdos históricos.

(Continuacion.)

III.

EL TORNEO

Mil y mil espectadores llenaban anticipadamente el lugar destinado á la liza. Las damas, rodeadas de muchos caballeros que no tomaban parte en aquel ejercicio guerrero, ocupaban las tribunas de preferencia; esbeltos pagecillos les servian delicados refrescos, y multitud de escuderos ricamente vestidos, que ostentaban en el pecho las armas de sus señores, conducian los arrogantes bridones que debian estar de respeto durante la figurada refriega. Los mantenedores eran Fernan Perez Turrichao, Alfonso de Gallinato y Suero Iñiguez de Parada, adelantado de Galicia y muy privado del rey. Ocupaban estos una magnífica tienda de campaña, de estilo arabesco, hecha en damasco, regalo del califa al rey de Granada, y que Fernan Perez tomara entre otros muchos despojos en la última campaña de Andalucía. Las lanzas de los valientes mantenedores estaban clavadas en tierra delante del pabellon, y de cada una se veia colgada la adarga con que iban á entrar en la lid. Otra tienda no menos lujosa que la primera, situada al frente, estaba destinada á los aventureros que debian tomar parte en el combate. Los heraldos ó reyes de armas examinaban detenidamente sus escudos, y despues de cerciorarse de la noble alcurnia que representaban, daban cuenta á Fernando de Castro y Pelayo Correa,

que eran los maestros del campo, y concedian la entrada á los caballeros: aquellos recorrian á caballo el palenque, disponiendo lo necesario al mejor orden de la justa. La alegría animaba los rostros de todos los concurrentes, si bien mostraban alguna impaciencia por ver comenzar el marcial espectáculo. Por fin el ronco son de los bélicos instrumentos y estrepitosas aclamaciones, anunciaron la llegada de la reina del torneo. Era esta la bellísima doña Mayor, hermana de Fernan Perez. Presentose rodeada de sus camareras, cautivando á todos los asistentes con su sin igual hermosura. Un su escudero la seguia, llevando en un azafate de plata una banda verde bordada de oro, y una rica espada llena de prolijas cinceladuras, fabricada en la imperial Toledo; premios destinados al vencedor. La reina de la hermosura y de los amores ocupó el alto trono que la estaba destinado. A poco entró en el anfiteatro D. Suero, acompañado de su dean Pedro Alvarez de Toledo, de otros muchos dignatarios de la Iglesia, y varios caballeros legos, sus vasallos. La llegada del arzobispo fué la señal para comenzar la lid, que inmediatamente se empeñó con furor, si bien con armas embotadas ó corteses, cual se usaba en ocasiones tales. Grandes muestras de fuerza y destreza se dieron en tan celebrada justa; mas el que llevó la preza de aquel día memorable fué el valiente Alfonso de Gallinato. ¿Quién pudiera disputarle la victoria? La bella reina del torneo le eligiera por su caballero; los dulces lazos de himeneo iban bien pronto á atar sus vidas para siempre, coronando sus fidelísimos amores, y las blancas manos de doña Mayor debian coronar al vencedor afortunado. Tanto premio era demasiado estímulo en un enamorado para no acometer las mas peligrosas empresas. Cinco lanzas quebró Alfonso con los mas acreditados y fuertes justadores en las tres horas que duró el torneo; y la tierna mirada y dulce sonrisa con que su amada le acogió al atarle la banda y ceñirle la espada, fueron la mayor recompensa que jamás alcanzara el mas célebre guerrero. La noche, que se acercaba á largos pasos, puso fin á los regocijos del día. Las gradas

del anfiteatro quedaron desiertas en pocos instantes, y bien pronto un silencio semejante al de los sepulcros reinó en aquel lugar, tan bullicioso y lleno de vida momentos antes. Pedazos de lanzas, y algunas plumas que adornaran los yelmos de los paladines, y que vagaban á merced del viento por la ya desierta arena, era lo único que restaba del gran torneo que acababa de verificarse.

IV.

EL CRIMEN.

—«Vive Dios, mi amado sobrino, que jamás vi una niña tan bella como nuestra reina del torneo. ¡Qué de encantos á la vez! ¡cuánta hermosura! Lo juro; á serme posible la tomara por esposa.»—«En poco os parais, en verdad, querido tío. Nuestro antiguo fuero nos permite tener una manceba; que la bella María lo sea vuestra.»—«Mas fácil es decirlo que poderlo alcanzar, sobrino mío: doña Mayor es tan virtuosa como hermosa.»—«También lo era la novicia de Santi-Espíritus de Salamanca ¿os acordais?... ¡Qué bien nos sirvió en aquella aventura nuestro escelente médico Abraham!—¿No conservais ya nada de aquel filtro prodigioso que cura el desden de las hermosas?»—«Lo que convenia á unos aturridos escolares, no puede convenirnos ahora; es preciso renunciar á nuestra vida de jóvenes disipados; tú debes recordar que eres.....»—«Permitidme que os interrumpa y me rebele contra ese tono tan grave que tomais; demasiado sé que soy un hombre que no he cumplido aun veinte y seis años, y no veo una razon por la que deba ser anacoreta, y renunciar á lo que el mundo tiene de mas bello... las mugeres. A fé de caballero puedo juraros, amado tío, que las amo mucho, pero no á una sola; á cuantas veo... ¡Cuánto siento haber nacido en Castilla! Si fuera árabe, ó al menos granadino, qué harem tan bien provisto...»

Este infame diálogo salia de los lábios de dos hombres jóvenes, sentados al lado de una gran mesa cubierta de terciopelo carmesí con franja de oro. Encima se veia abierta una Biblia escrita en finísimas vitelas, enriquecidas profusamente con mi-

niaturas, y un crucifijo de marfil. Un suntuoso lecho cubierto de púrpura ocupaba un ángulo de aquella cuadra, que si bien de corta estension cual convenia á un dormitorio, revelaba todo el lujo de la época. Rico arteson dorado formaba su techo, y las ojivas de las ventanas estaban cerradas con pintados vidrios que representaban historias del antiguo y nuevo testamento. Varias estatuas de santos, bajo afiligranados doseletes, y un bellissimo reclinatorio que no desdeñara un rey, completaban el ajuar de aquella estancia en que estaban ambos interlocutores. Encubiertos con la máscara de la falsa piedad ocultaban al pueblo, que los miraba con veneracion y respeto, su corazon malvado. Dominados por las mas desordenadas pasiones no perdonaban medio alguno para satisfacerlas. Bastante poderosos para disponer de todos los recursos para contentar sus deseos, ¡ay de la jóven á quien dirigieran sus impúdicas miradas! ¡ay de la inocente paloma en quien fijasen su pupila de milano! María tuviera la desgracia de ser vista de uno y otro, y aquel instante fué el último de su ventura.

Habia corrido un año. El mas jóven de los dos personajes que acabamos de presentar á nuestros lectores, consiguió (valiéndose del oro) de una esclava mora que de cerca servia á doña Mayor, la llave de una puerta pequeña, que daba salida al gran jardin del antiguo castillo que la noble familia de Turichao poseia en la Rocha, inmediato al del arzobispo, y donde aquella residia en la temporada de estío. La misma infame camarera echó en la copa de plata de su jóven señora un activo narcótico, que la sepultó en un profundo sueño. Era una noche de horror y obscuridad, cuando las nubes rasgándose de pronto mostraron un cielo de fuego, y el cárdeno y presuroso reflejo del relámpago hizo divisar por un instante dos hombres envueltos en groseras capas, que conducidos por la vil esclava entraban en el alcázar de Turichao. Sus fuertes y ennegrecidos torreones retemblaban con el estampido horrisono del trueno, y un rayo rompió un robusto ciprez. El cielo estremecíase al contemplar tan horrible crimen;

mas en sus altos decretos estaba escrito que se consumara.....

V.

LA VENGANZA.

Se pasaron muchos dias. La victoria coronaba por do quier al afortunado bastardo de Alfonso XI. Ya se hiciera dueño de toda la Andalucía, y las demas provincias se apresuraban á porfia á rendirle homenaje. Don Pedro en tanto, seguido de algunos pocos vasallos que le permanecian fieles, entre los que se contaban Fernan Perez Turrichao y Alfonso de Gallinato, atravesó huyendo el Portugal y llegó al castillo de Monterey en Galicia. De allí fué á pasar el Sant Juan (como dice la crónica) á Santiago. El arzobispo Don Suero, que se hallaba á la sazón en su castillo de la Rocha, se apresuró á ofrecer sus respetos al rey Don Pedro, aunque eran conocidas sus simpatías en favor de Don Enrique. Presentose el prelado rodeado de todo el aparato teocrático y feudal de la época. Un canónigo le precedía en un blanco caballo llevando el guion ó cruz arzobispal: seguía le Don Suero, cabalgando en un brioso alazan: marchaban despues los cardenales y demas dignidades de su iglesia, y los doscientos hombres de su guardia cerraban la comitiva.

(Se concluirá.)

EL POETA Y EL PINTOR.

NOVELA.

(Continuacion.)

I.

EL DESAYUNO.

—Tengo ganas de ver hasta dónde alcanza tu talento, dijo el monge (á quien el gentil desembarazo del muchacho parecia divertir en extremo); precisamente necesito un pintor para reemplazar á ese bribon que acabo de echar fuera del convento: si quedo satisfecho

de tí, si te hallas verdaderamente en estado de pintar unos escudos de armas y otros adornos, ganarás una moneda de oro.... Vamos ¿qué te parece?

—Perfectamente... ¡una moneda de oro! sí, ella me proporciónará los medios de acabar mi viaje; porque os confieso que los últimos maravedises han servido esta mañana para comprar el pan, que debia ser todo mi desayuno, cuando este honrado jóven me ha invitado generosamente á partir conmigo su pastelillo y el tinto de Valdepeñas; así pues, buen padre, si lo llevais á bien, será mi compañero en el negocio que acabais de proponerme; me ayudará á moler los colores, y le daré luego la mitad de la suma que me habeis ofrecido.

—Levantó el monge los ojos entonces hácia el amigo de Esteban, en quien no habia reparado aun.

—Si no me engaño, ese traje que vistes es el que acostumbran á llevar los cautivos rescatados por los padres de la Merced.

—En efecto, vengo ahora de Argel, en donde he sufrido por espacio de tres largos años los padecimientos de la cautividad. Dios ha querido por fin poner un término á tantos infortunios, y héme aquí libre ya sobre el noble y hermoso suelo de España.

—¿Qué oficio era el tuyo antes de caer en manos de los bárbaros?

—El de soldado.

—Y qué ¿piensas volver al servicio?

—Me es imposible; una herida recibida en este brazo me impide para siempre el manejo de las armas.

—¿Qué piensas pues hacer?

—Versos y novelas.

—¡Versos y novelas! de ese modo vosotros dos, solamente, formais una caravana de artistas!.... á pedir de boca; mientras tu compañero pintará los escudos que necesito, tú compondrás los motes, y recibirás como él una moneda de oro. Te agrada la proposición?

—Sí.

—Pues manos á la obra: entrad, señores maestros, á trabajar con ardor, pues todo ha de quedar dispuesto para mañana á medio dia.

Y al mismo tiempo que esto decia el monge, introdujo á Esteban y su compañero en el coro de la iglesia, donde todo parecia preparado para una ceremonia fúnebre. Algunos tapices negros sembrados de estrellas blancas colgaban de lo alto de las columnas formando de trecho en trecho soberbios festones sostenidos por ricos broches de plata; levantábanse por

todas partes hermosos candelabros llenos de blancas bugías, alzándose en medio del coro un túbulo cubierto con un paño bordado de oro. Mientras que los dos jóvenes miraban todo esto con admiración y sorpresa, el monge parecía gozarse en ellas y manifestaba una satisfacción semejante á la que experimenta un autor que asiste al ensayo de una comedia suya que va á representarse de allí á algunos momentos.

—¿Para qué ceremonia se destinan todas estas cosas? preguntó el compañero de Esteban.

—Para los funerales de Carlos V, respondió el monge con énfasis.

—¿Cómo! ¿ha muerto el emperador? ¡Qué! ¿ha perecido ya uno de los mas profundos talentos del mundo? Dispensad, padre: vuelto á Europa hace dos dias solamente, ninguna nueva tenia de tan infausto acontecimiento. ¡Con que ha muerto Carlos V! ¿Con que ha perdido para siempre la España aquel á quien debía toda su gloria y grandeza?....

—Consuélate joven, Carlos V vive aun; solo ha muerto para el mundo: harto ya de grandezas y poder, cansado de gloria, ha abandonado el trono, y echando á sus pies el cetro, ha colocado sobre la cabeza de su hijo una diadema que pesaba demasiado en la suya.

—Sin duda, padre, quereis burlaros de mí; el emperador Carlos V no incurriria jamás en una falta semejante. El sabia leer demasiado en el corazon del hombre para desconocer el suyo hasta tal punto. Carlos V dejar el poder, el trono y el gobierno del universo que dirigia á su antojo con solo una señal de su mano!... ¡Ay Dios! esto seria un cuerpo sin alma. ¿Qué seria de esa inteligencia fuerte, de esa voluntad todopoderosa, condenadas á la inaccion? Os lo repito, padre, vos quereis burlaros de mí.

—Pues cuanto acabas de oír es la pura verdad... Carlos V ha repelido con desprecio lejos de sí la corona imperial, ha dejado Madrid para refugiarse en un convento, ha vestido la cogulla, y para romper del todo con el mundo y sus necias vanidades, mañana, aquí, en esta iglesia de San Yuste, van á celebrarse sus funerales.... despues nadie hablará mas de Carlos V.... no quedará de él sino un nombre vano en la historia, y en el convento un cuerpo debilitado por los sufrimientos, que pertenecerá ya al sepulcro, y una alma que aguardará con impaciencia el instante en que Dios la llame á su seno.

—Ahora no me es dado dudar de vuestras pala-

bras, buen padre: ¡qué ejemplo tan triste de la nada de las cosas humanas, de la debilidad de nuestra inteligencia!.... ¿Quién habria previsto nunca semejante suceso? ¡El emperador Carlos V perder la razon!.... venir á parar en un loco!

El monge palideció de cólera y agarró al joven con violencia del brazo.

—¡Insensato! ¿qué pronuncias? Carlos V goza de su razon.

—No, padre mio, eso es imposible; si no hubiera sido herido por la mano de Dios, si conservase el juicio, como pretendéis, no se espondria de esta manera á la risa de la Europa y del mundo entero. Si queria consagrarse á Dios y ocuparse de su salvacion ¿no podia hacerlo sin renunciar á su corona?.... Aun cuando su abdicacion no fuese una prueba concluyente de su locura, estos funerales anticipados, esta ceremonia ridícula que va á celebrarse aquí mismo, en este monasterio de San Yuste ¿permitirian ¡ay de mí! dudar un instante de la demencia del emperador Carlos V? ¿Debia concluir su gloriosa carrera de un modo tan burlesco? ¿No podia imitar hasta el fin á Carlo-Magno, de quien era digno émulo, y cuya corona ceñia tambien?

Conociase que las palabras del joven herian y lisonjeaban á la vez al monge; pues tan pronto se arrugaba su frente como aparecia la sonrisa en sus labios.

—Está poco poblada aun tu barba, joven poeta, para que puedas juzgar sin temeridad acerca de las acciones de Carlos V. Manos á la obra, compon los motes que te he pedido, mientras pinta tu compañero los escudos en que deben ostentarse los cuarteles de Carlos V. Esteban, aquí en este libro encontrarás todos los que necesitas..... y cuidado con olvidar ninguno de sus titulos: emperador de Alemania, rey de España y de las Indias, de los Países Bajos, emperador de Romanos, rey de Lombardía, etc. Volveré esta noche á cerciorarme si sois dignos de la confianza que os dispenso.

—Alejóse el monge, y los dos jóvenes se dispusieron á trabajar; Esteban con la paleta en una mano y el pincel en la otra, y su compañero sentado al pie del catafalco, apoyando la cabeza sobre una de sus manos, y llenando con la otra de versos su libro de memorias.

(Continuará).

TEATROS DE PARIS.

ITALIANOS. El beneficio de la Persiani ha sido una de las funciones mas brillantes: la partitura escogida fué *Il Barbiere*, admirablemente ejecutada por Lablache, Ronconi y la beneficiada. La ópera *I Due Foscari*, del maestro Verdi, obtiene en el dia grande éxito, aunque segun parece se interrumpirá dentro de unos dias su representacion para dar lugar á la de *Don Giovanni*, de Mozart, elegida para beneficio de Colletti.

GRANDE OPERA. Cada dia es mayor el éxito del *Robert Bruce*, y cada dia tambien es mas numerosa la brillante concurrencia que asiste á su ejecucion. Madama Stolz, completamente restablecida, continúa recogiendo estrepitosos y merecidos aplausos. El último cuadro del segundo acto ha sido puesto en escena con un lujo y magnificencia verdaderamente sorprendentes.

THEATRE-FRANCAIS. En celebridad del natalicio del ilustre poeta cómico Molière, acaba de representarse en este teatro su comedia titulada *Don Juan*, tal como la escribió, y con su correspondiente parte de música. A este efecto no se ha ahorrado ningun género de sacrificios, habiéndose hecho nuevos todos los trages, con arreglo á los dibujos presentados por Deveria, y pintado tres decoraciones. Los diferentes papeles se pusieron á cargo de los principales actores de la compañía. Es escusado decir que el inmenso público que llenaba las localidades aplaudió con entusiasmo esta produccion de nuestro antiguo teatro.

OPERA-COMIQUE. Ha obtenido un triunfo completo la nueva ópera en tres actos *Ne Touchez pas á la Reine*, libreto de MM. Scribe y Gustavo Vaez, y primera produccion de Mr. Boisselot. Hernan-Leon, y las señoras Lavoie y Lemercier han desempeñado de una manera inimitable las partes principales de la partitura.

ODEON. *Une annee á Paris*, linda pieccecita de madama AuceLOT: continúa ejecutandose con la misma aceptacion.

GYMNASE. *Maitre Jean*, vaudeville en dos actos de MMr. Scribe y Dupin: atrae todas las noches una gran concurrencia, ansiosa de admirar á Numa y á la jóven Madlle. Melcy, que está en estremo seductora en su papel de Margarita.

Se preparan tres novedades: *Janic*, ó el *Faro de Brea*, vaudeville en un acto, escrito para solos tres personajes, de que se encargan respectivamente Achard, Geoffroy y Madlle. Désirée; *Irene*, pieza en un acto de MM. Scribe y Lokroy, cuyo desempeño se confiará á Bressan y á Madlle. Rosa Cheri; y finalmente, otro juguete, tambien en un acto, titulado por de pronto *Balthazar*, hija nada menos que de tres ingenios, ó sea de los señores Pablo Vermont, Siraudin y Lafargue.

VAUDEVILLE. *Le Toreador*, especie de zarzuela escrita por Mr. Clairville, proporciona á los boleros españoles Camprubí y Dolores Serral lucir su gracia y ligereza en los bailes andaluces.

VARIETES. *L' Illustration*, linterna mágica en un acto, no merece ciertamente el nombre de pieza: algunos malos retruécanos y equívocos, y una insulsa parodia de los *cuadros vivientes*, he aquí todo lo que ha ofrecido de notable este teatro, que se sostiene, gracias al talento de Bouffé, Vernet y Dejazet. Madlle. Flora continúa haciendo desternillar de risa á los espetadores en la pieccecita titulada *Une fill terrible*.

THEATRE-HISTORIQUE. Está ya anunciada su apertura para primeros de febrero.

AMBIGU-COMIQUE. El drama titulado la *Closerie des Genêts* lleva ya mas de ochenta representaciones, y sin embargo, con dificultad se encuentra un billete.

PORTE SAINT-MARTIN. Creemos que la idea de volver á poner en escena *La Lucrecia Borgia* ha de reportar muy pocas utilidades á la empresa. Madlle-Halley, aunque copia demasiado servilmente á la George, no deja por eso de recojer sendos aplausos: la manera como desempeña Clarence el papel de Genaro hace mucho honor á su talento y revela en él un grande estudio del arte.